

Domingo

EL MERCURIO

ILUSTRACION FRANCISCO JAVIER OLEA



10 COSAS
QUE HAY QUE
SABER DE
BRASILIA

LA PRÓXIMA
FRONTERA

Manu Bonte
escaló y bajó
volando las
montañas de
Chile (Aquí
explica cómo)

¿Quién ganó
el concurso

MUJERES QUE
VIAJAN SOLAS?

(Vea página 22)

LA INOCENCIA DE **ESTAMBUL**

En busca del Nobel Orhan Pamuk y
del auténtico Museo de la Inocencia.



MUJERES QUE
VIAJAN SOLAS

El Estambul de la inocencia

El museo de la inocencia, la novela que el escritor turco Orhan Pamuk escribió luego de ganar el Nobel de Literatura en 2006, es un homenaje a la ciudad que lo vio nacer y el telón de fondo de una historia de amor que transcurre entre el barrio más exclusivo de Estambul, el icónico Estrecho del Bósforo y un secreto sector de anticuarios, elegido por el mismo Pamuk para crear su propio, verdadero y recién inaugurado Museo de la Inocencia.

Texto y fotos: **Magdalena Andrade N.**, desde Estambul.

NIŞANTAŞI

—Nişantaşı es el Beverly Hills de Turquía—dijo Hasan Nazlı apenas comenzamos a recorrer en bus los veinte kilómetros que separan al Aeropuerto Internacional Atatürk de Estambul de este barrio donde viven, comen, duermen y compran las celebridades.

Hasan Nazlı—un turco de unos cuarenta y tantos años, rubio, de piel roja y ojos celestes, que trabaja desde hace veinte como guía—sólo ratificó lo que minutos antes ya había visto mientras esperaba mi maleta, cuando, atrapado entre el espacio divisorio de dos asientos, encontré un mapa de Estambul escrito en chino. En él, además de un circuito con los atractivos típicos de la ciudad—la Mezquita Azul, Santa Sofía, el Gran Bazar y el Estrecho del Bósforo, todos dibujados sobre un plano—, había un apartado especial dedicado a Nişantaşı—en inglés—con una guía

para saber cómo llegar a alguna de sus 144 tiendas de moda: desde Hermès, Chanel, Omega, Armani, Gucci, Salvatore Ferragamo, Louis Vuitton y Ermenegildo Zegna hasta las más modestas Zara, Topshop y Mango.

Sin embargo—a pesar del mapa y a pesar de Hasan—en mi mente Nişantaşı seguía siendo esto: un barrio amarillo por el sol abrasador de Estambul en verano; un grupo de manzanas con varias cuadras de edificios antiguos, calles estrechas y veredas aún más estrechas; un barrio construido con mucho cemento y uno que otro árbol de tilo que impregnaba el aire al agitarse. Un aire, también, con olor a sudor, que al llegar el mediodía podía volverse irrespirable.

Nişantaşı me lo imaginaba así porque así lo describe Kemal Basmacı, el protagonista de *El museo de la inocencia*, la novela del escritor turco Orhan Pamuk que,

como casi toda su narrativa, tiene como telón de fondo los paisajes de Estambul.

Esta vez, Pamuk eligió hablar del Estambul de los años 70, que comenzaba a ver en sus calles la influencia de Occidente sobre una sociedad musulmana laicizada cinco décadas antes por Mustafa Kemal Atatürk tras la caída del Imperio Otomano luego de la Primera Guerra Mundial: un Estambul donde la gente ya no necesariamente rezaba cinco veces al día como dice el Corán, y donde las mujeres ya no usaban velos, pero igual podían llegar a ser despreciadas por los hombres si entregaban su virginidad antes de tiempo (es decir, antes de tener con alguien un compromiso formal).

El Nişantaşı de *El museo de la inocencia* era, igual que ahora, un barrio acomodado, pero no globalizado. Tenía, también, de-

cenos de *boutiques*, pero abiertas no por grandes marcas, sino por mujeres ricas y aburridas de quedarse en sus casas haciendo nada. En una de ellas—llamada Champs Élysées, especializada en ropa y accesorios importados de Francia—, un día de mayo de 1976 Kemal Basmacı se reencontró con Füsün, una prima lejana doce años menor que él, a la que no veía desde la niñez porque sus familias eran de distintas clases sociales. Entonces, Kemal—el rico—se enamoró de Füsün—la pobre—desde el momento mismo en que la vio y la reconoció tras el mesón de atención. Y aunque estaba comprometido con Sibel—una mujer de su misma edad y clase social—, comenzó una relación paralela con su prima, que duró 1.593 noches y que terminó cuando ella decidió desaparecer de su vida para siempre.

Kemal, enceguecido con la

idea –más bien por el temor– de olvidarla, comenzó a recolectar todos los objetos que, directa e indirectamente, habían tenido relación con Füsün: un aro que ella alguna vez olvidó accidentalmente; la taza de té donde bebía cada tarde que se juntaba clandestinamente con Kemal en un departamento en Nişantaşı; las colillas de cigarro que fumó, con sus labios pintados de rosa, y que él se dedicó a recolectar con una obsesión enfermiza: llegó a acumular 4.213.

El Nişantaşı al que llegué, después de poco más de media hora de viaje en bus a la hora del taco de la tarde, también tenía las calles y veredas estrechas, pero no había edificios antiguos ni tilos. Tampoco olor a sudor. El Nişantaşı real era de principio a fin una hilera de vitrinas con luces de colores y maniqués luciendo ropa de temporada de las principales marcas de lujo. Por los parlantes del City's Shopping Center –el mall más grande de la zona– se escuchaba *Ai se eu te pego*, y en las calles se veía un desfile de mujeres rubias –está de moda entre las turcas teñirse el pelo en tonos claros–, la mayoría en short y polera, con tacos altísimos, paso rápido y seguro. Ninguna de ellas, por cierto, se parecía a como Kemal describía a Füsün: una mujer de piel morena, pelo liso, figura grácil y huesos largos.

Esa noche, al llegar a mi hotel después de dar una vuelta por el barrio, Irem Güreli, una de las administradoras, me contó

que Orhan Pamuk era nuestro vecino: su departamento quedaba cuatro edificios más allá de donde estábamos.

–Claro que, como hace clases en Estados Unidos, no lo vemos nunca: pasa seis meses aquí y seis meses allá –me advirtió Irem.

Al día siguiente, el primer llamado a la oración de la vecina mezquita de Teşvikiye –la misma que Kemal Basmacı disfrutaba mirar desde el balcón de su departamento en *El museo de la inocencia*– me despertó a las cinco de la mañana. Horas más tarde, salí a buscar otros vestigios del Nişantaşı del libro. Desde la puerta del hotel caminé unos cincuenta pasos hacia el norte, a la esquina de Valikonağı con Teşvikiye, el lugar que Kemal Basmacı describe como el punto donde estaba la *boutique* Champs Élysées. En su lugar, encontré una amplia tienda Swarovski. Al lado, casi imperceptible, una pequeña construcción atrapada entre las tiendas lucía una placa en la entrada que decía “Edificio Pamuk”.

El Edificio Pamuk es el lugar donde vive el escritor, donde nació y donde ha vivido toda su familia desde los años 20. El único lugar, también, que parece haberse

RECREACIÓN.

El Museo de la Inocencia es una recreación de los 83 capítulos de la novela del mismo nombre.



DOBLE VIDA. Más de 30 millones de turistas llegan cada año a Estambul, ciudad que tiene una parte en Europa y otra en Asia.



–una europea y la otra asiática– desde siempre ha sido el símbolo de la riqueza y prosperidad turca. No por nada, alrededor de sus orillas están los palacios más ostentosos de la época del Imperio Otomano y también los barrios de mansiones más caras de Turquía: vivir allí puede costar, por lo bajo, diez millones de dólares.

En *El museo de la inocencia*, Kemal Basmacı contaba que en los años 70 era una tradición que las familias de Estambul sacaran a pasear a sus parientes por esta zona y se fotografiaran aquí, en este estrecho tranquilo de aguas turquesa que también fue, durante un tiempo, su refugio de amor clandestino con Füsün.

El Bósforo es un destino atractivo en Estambul por naturaleza. Desde la Torre de Gálata, en la parte europea de la ciudad, salen decenas de embarcaciones que desde 10 liras turcas (2.800 pesos chilenos) hacen circuitos de una hora recorriendo sus orillas europea y asiática, donde fueron construidos edificios majestuosos como el Palacio Çırağan –levantado por el Imperio Otomano en el siglo 19 y hoy convertido en un hotel de lujo, donde se hospedó

“Así fue naciendo la idea de la novela: la de un hombre que se obsesiona coleccionando todo lo que la mujer que ama ha tocado, visto, sentido”.

salvado de la vorágine *fashion* que convirtió a Nişantaşı en el Beverly Hills de Estambul.

EL BÓSFORO

Tan importante es que protagoniza la portada de *El museo de la inocencia*: el Estrecho del Bósforo, la lengua de agua que divide a Estambul en dos partes





Madonna durante el concierto que dio a principios de junio en la ciudad-, o el de Dolmabahce, que fue el centro administrativo del imperio y donde murió Atatürk, el hombre que convirtió a Turquía en una república.

Pero quizás lo más enigmático y cautivador del Bósforo es su dualidad geográfica, que hace a sus navegantes situarse con vista a dos continentes y a dos "estambules": mientras la Estambul europea es mucho más turística y notoriamente occidentalizada, la parte asiática concentra toda el área residencial y también mayormente las costumbres musulmanas. Aunque éstas -uno lo puede comprobar en la calle en el día a día- están cada día más secularizadas.

Una mañana de sábado tuve la oportunidad de cruzar de Europa a Asia para ir a la casa de Hasan, el guía. Fuimos a ver a su mujer, una joven que después de estudiar japonés y graduarse en economía, descubrió que su real vocación era pintar pañuelos con una hermosa técnica llamada Ebru, que traspasa dibujos hechos en agua a un pedazo de seda.

La parte asiática de Estambul no se veía muy distinta a un barrio residencial cualquiera de Santiago: edificios con la misma

fachada de los blocks santiaguinos, niños jugando en las calles y familias preparándose para salir de la ciudad el fin de semana, con el consiguiente taco en las avenidas.

Ya en el taller de la mujer de Hasan, vimos que ella no sólo pintaba pañuelos -muy codiciados entre los turistas extranjeros-. También creaba diseños para *foulards* y *hiyabs*, los más demandados entre sus clientas turcas. Este dato me llamó la atención: en Estambul había visto a varias mujeres usando *hiyabs* e incluso *burkas*, que sólo dejan a la vista los ojos, o ni siquiera eso. La primera vez que las vi en masa no pude evitar sorprenderme, pero Hasan pronto me dio una explicación: la mayoría de las mujeres que se ven tan tapadas no son turcas, sino musulmanas que vienen como turistas a Estambul -especialmente antes de la celebración del Ramadán- porque en esta ciudad están varios hitos de la religión musulmana, como el Palacio Topkapı, que tiene entre sus tesoros unos pelos que -según la tradición- pertenecieron a la barba del profeta

Mahoma. Le pregunté a Hasan si él y su mujer eran musulmanes: hasta ese entonces, no lo había visto responder al llamado de la mezquita ni hablar mayormente de religión. Me contestó algo que ya sabía: que hoy el 99 por ciento de los turcos son musulmanes, pero que sólo un pequeño porcentaje practica a conciencia los preceptos del Corán.

ÇUKURCUMA

Hay libros que inspiran películas. Otros, como *El museo de la inocencia*, inspiran museos. O al revés, según ha dicho el escritor Orhan Pamuk: fue su eterna y obsesiva idea de crear un museo la que lo terminó inspirando para escribir la novela.

El pasado 28 de abril, en pleno barrio de Çukurcuma, en la esquina de la calle del mismo nombre, y después de catorce años de recolectar objetos, diarios, fotografías, ropa y otras tantas cosas sobre Turquía, Orhan Pamuk inauguró en Estambul el verdadero Museo de la Inocencia.

Su idea, ha dicho, fue exhibir en objetos e instalaciones un trozo de la historia de Turquía, representada por la historia de amor de los dos protagonistas de su novela, Füsün y Kemal. Ha dicho, también, que compró la casa para montar un museo -un sueño que había tenido toda su vida- en 1998, y que cuando comenzó a recolectar los objetos, pensó en qué tipo de personajes podrían representar una historia. Así fue naciendo la idea de la novela: la de un hombre que se obsesiona coleccionando todo lo que la mujer que ama ha tocado, visto,

EL MUSEO REAL. El pasado 28 de abril, el verdadero Museo de la Inocencia abrió en el barrio de Çukurcuma.

sentido, oído, comido o fumado, para evitar olvidarla aún cuando ella ya no esté con él.

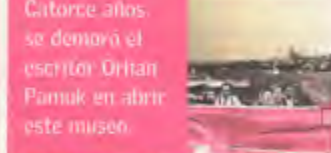
Antes de visitar el museo pregunté en Estambul a varios turcos por Orhan Pamuk y su museo, y comprobé algo que ya había escuchado antes: que el escritor causa sentimientos ambivalentes entre los turcos. Todo porque en el año 2005, en una entrevista a un diario suizo, se refirió al Imperio Otomano como "geno-

OBSESIÓN CUMPLIDA.

Catorce años se demoró el escritor Orhan Pamuk en abrir este museo.

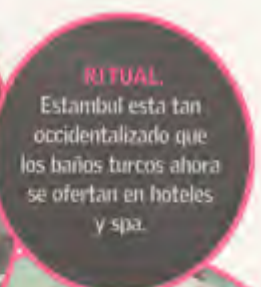
ORHAN PAMUK

Author of *The Museum of Innocence*



RELIGIOSIDAD. El 99 por ciento de la población turca es musulmana, pero no todos son practicantes.





cida", por haber causado la muerte de cientos de miles de armenios en 1915, un tema muy delicado para la sociedad turca y que le valió ser acusado, en su país, de haber "insultado a la identidad nacional".

Ahora, mientras escribo esta historia, leo en las noticias que un extremista de ultraderecha turco, llamado Yasin Hayal y quien está detenido por el asesinato de un periodista turco en el año 2007, confesó que su siguiente objetivo era matar a Pamuk.

—El señor Pamuk es un buen escritor, pero ha dicho cosas que no les han gustado a los turcos —se limitó a decirme Hasan cuando le pregunté por él y cómo llegar a su museo. Otros turcos y turcas me dijeron que Pamuk no les gustaba porque su literatura era densa, difícil de leer. Y otros, que ni siquiera habían hojeado un libro de Pamuk.

Llegar a conocer el Museo de la Inocencia (*Masumiyet Müzesi* en turco) no fue fácil. Además de que nadie lo conocía bien, Çukurcuma es un barrio de calles dispuestas como laberintos que suben y bajan, que no tienen letreros ni números, y que sólo conocen bien quienes viven o trabajan allí, y que parecen dar las instrucciones en clave. Luego de una hora dando vueltas por el barrio entendí por qué Pamuk eligió este sitio para crear su museo: Çukurcuma —un lugar ignorado por las guías turísticas— era un hermoso barrio lleno de anticuarios, locales de libros usados y cafés. Un espacio auténticamente turco, con edificios de fachada antigua que encajonaban las estrechas calles casi sin veredas, volviéndolas

refrescantemente oscuras frente al calor de la ciudad en verano. Un grupo de manzanas donde pude ver, por primera vez, el espíritu de *El museo de la inocencia*, el libro, que no se siente ni en Nişantaşı ni en el paseo por el Bósforo: ancianos instalados fuera de los café jugando backgammon, el juego típico turco; departamentos con plantas en los balcones y banderas de Turquía enredadas entre ellas; un auténtico baño turco para ir a darse un masaje después de recorrer los cientos de puestos de antigüedades, que vendían desde obras de arte a chatarra.

Por fin, después de varias instrucciones fallidas —incomprendidas— encontré la casa roja que apenas tenía un letrero que indicaba que allí estaba el museo.

Para entrar tenía dos opciones: pagar la entrada —25 liras turcas; 7.000 pesos chilenos— o exhibir la entrada gratuita que Kemal Basmacı —el personaje que creó el museo en la novela— dispuso para que todos quienes leyeran su historia pudieran algún día conocerlo gratis si viajaban a Estambul. Yo traje mi libro desde Chile y lo mostré en la ventanilla. La chica de la recepción, entonces, lo estampó con un timbre en forma de mariposa: era el aro que perdió Füsün un día en el departamento de Kemal, y que él nunca le devolvió, sin saber que, un día, se convertiría en el primer objeto de su colección.

Si uno ha leído *El museo de la inocencia*, estar en el museo verdadero es una experiencia muy parecida a la de ir al cine a ver una

ANTIGÜEDADES. Çukurcuma es un barrio de anticuarios, donde se vende desde chatarra a grandes reliquias.

película basada en una novela: está la incertidumbre/angustia/expectación/sorpresa de comprobar que

lo que uno imaginaba cuando leía es igual, mejor o peor que como ahora está caracterizado. Que Kemal era como el Kemal que yo imaginaba (alto, moreno, de cejas tupidas, nariz prominente) y Füsün era Füsün.

Para quienes no han leído el libro, cada uno de los 83 espacios del museo, basados en los 83 capítulos de la novela, son 83 instalaciones artísticas que intentan describir los sentimientos cotidianos del ser humano: el amor, el desamor, la angustia, la obsesión. Como el mural que me recibió al entrar: una pared tapizada con los 4.213 cigarrillos fumados por Füsün y cuyas colillas recolectó Kemal durante los nueve años en que le siguió la huella anónimamente.

Luego, en el primer piso, estaba la ropa que llevaba Füsün el día en que se reencontró en Champs Élysées con Kemal —cinturón y zapatos amarillos—; la máquina de coser de Nesibe, la madre de Füsün; el recorte del diario del concurso de belleza donde participó a los 17 años; la jaula de su canario Limón (vacía, pero con un canto de pajarito que sale de adentro); el vaso de raki —licor de anís, la bebida típica de los turcos— con las backlavas que tanto les gustaba comer juntos. En todas las fotos, Füsün —más

RITUAL. Estambul está tan occidentalizado que los baños turcos ahora se ofertan en hoteles y spa.

bien, la mujer anónima que la representa— aparecía con la cara desvanecida, rayada, borrada o recortada: Orhan Pamuk quiso que fuera la imaginación del lector/visitante quien terminara de completar el cuadro.

En el último piso, una habitación sencilla y estrecha —una cama, un velador, una maleta— recreaba el dormitorio del edificio en Nişantaşı donde Füsün y Kemal vivieron su romance, y donde Kemal pasó recluido los últimos siete años de su vida contándole a Orhan Pamuk los detalles de su historia para que el escritor lo convirtiera en una novela.

En las paredes pude leer: "El tiempo no es más que trozos del presente" y "Por las 1.593 noches felices que tuvimos juntos, quise preservar esos momentos para la prosperidad y coleccioné esta multitud de objetos, grandes y chicos, que alguna vez Füsün tocó y que quedaron en mi memoria".

También, la frase que, explica Kemal en el libro, le dio el título a este museo: "Si le damos a alguien algo que nos importa mucho, lo más valioso que tenemos, sólo como muestra de amor, lo hacemos sin esperar nada a cambio".

Esa era, para él, la mejor definición de inocencia. ■